



Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2018

Agustín Fernández Mallo

Trilogía de la guerra



ÍNDICE

PORTADA

MENCIÓN ESPECIAL

PORTADILLA

CITAS

LIBRO PRIMERO. Isla de San Simón (Combustibles fósiles)

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

LIBRO SEGUNDO. Estados Unidos de América (Mickey Mouse ha crecido y ahora es una vaca)

LIBRO TERCERO. Normandía (Los amos de la noche)

AGRADECIMIENTOS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

«Una propuesta narrativa que transforma la realidad del último siglo en una ficción repleta de imágenes insólitas, en las que se combinan poesía y ciencia, historia y política. A través de una construcción apasionante por su voluntad de juego, la novela traza un mapa tragicómico de nuestro mundo contemporáneo.»

Jurado del Premio Biblioteca Breve 2018

PERE GIMFERRER

MANUEL LONGARES

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

EDURNE PORTELA

ELENA RAMÍREZ



Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2018

Agustín Fernández Mallo

Trilogía de la guerra

Es un error dar por hecho lo que fue
contemplado.

CARLOS OROZA

Totó, tengo el presentimiento de que
ya no estamos en Kansas.

El mago de Oz

LIBRO PRIMERO

Isla de San Simón (*Combustibles fósiles*)

PRIMERA PARTE

Invitación y primer día

Damos por supuestas tantas cosas. La mañana del 15 de septiembre de 2014, habiendo desayunado y estando sentado a mi mesa de trabajo, el ruido de las obras de remodelación de la calle hizo que me olvidara de lo que en aquel momento estaba escribiendo y se cruzó en mi cabeza algo que el día anterior había visto en la televisión, un reportaje en el que se afirmaba que un décimo de la superficie terrestre se quema debido a causas naturales, y que viene ocurriendo sin descanso desde hace más de doscientos años. Si viéramos un mapa dinámico de todos los incendios que en este preciso instante se hallan activos en el planeta observaríamos multitud de zonas que en color rojo se propagan a la velocidad del viento, especialmente en África, continente al que los expertos en esta materia llaman Corazón del Infierno. Me asustó pensar que la existencia del humano moderno se hubiera venido desarrollando al lado de esa incandescente presencia.

Hace años, un amigo músico me contó que había pasado una larga temporada en una selva africana. Su intención era grabar el silencio de la naturaleza; concretamente en la selva que rodea al lago Tanganica, en Tanzania, segundo lago más grande y profundo del planeta; «tan profundo — me dijo—, que las aguas del fondo carecen de oxígeno,

son aguas fósiles». Un helicóptero lo había dejado en un claro de un bosque sin nada más que una tienda de campaña, algo de ropa, comida de supervivencia y un montón de grabadoras, cintas magnetofónicas, micrófonos de ambiente y demás aparataje de registro sonoro. No vio ningún incendio, y si lo vio no me lo dijo, pero sí me contó que tras más de un mes vagando por esas tierras lo más llamativo había sido no hallar ni un solo instante de silencio. El modo en que día y noche el sonido de la naturaleza se metía en su cabeza es algo que me relató con verdadera inquietud, y no por tratarse de un sonido áspero o inarmónico, sino por su constancia e inmutabilidad. Meses después, y en viajes que realizó lo más encadenadamente posible, repitió esa experiencia en la selva brasileña, en los bosques de Alaska y en una estación polar muy al sur de la Patagonia para llegar a la conclusión de que en la naturaleza el silencio no existe, el silencio es un relato fantástico construido por nuestra cultura, un concepto, en definitiva, inventado. Y esto mi amigo no lograba entenderlo. O lo entendía pero se rebelaba contra ello. Las últimas noticias que tuve de él fueron que continuaba buscando una porción de silencio en el planeta.

La citada mañana del 15 de septiembre de 2014, esas y otras meditaciones se vieron interrumpidas por la llegada de un correo electrónico en el que por primera vez tenía noticia de la isla de San Simón, situada en la Ría de Vigo, en Galicia. Venía remitido por alguien que se hacía llamar Rómulo, y se trataba de la invitación oficial a participar en las Terceras Jornadas Nethinking, encuentro que, por lo que entendí, a fin de reflexionar acerca de las redes digitales reunía a diversos profesionales de las comunicaciones así como a artistas que, como era mi caso, eventualmente utilizamos Internet como espacio y herramienta de creación. Hasta que no leí el mensaje un par de veces no ubi-

qué a Rómulo en mis recuerdos: habíamos intercambiado unas palabras en la presentación de un libro de un amigo común; poco más. La invitación aclaraba que los participantes se alojarían en el hotel de que dispone la isla —el email adjuntaba imágenes de excelentes instalaciones—, y me señalaba que asistiría Julián Hernández, a quien yo conocía no sólo por militar en la banda de rock Siniestro Total sino por asuntos relacionados con la literatura. Precisamente, la actividad que Rómulo me sugería era una mesa redonda con Julián. Admito que dudé. Lo que terminó por hacer que aceptara fue una peculiaridad que en aquel momento me pareció insólita: no habría público en vivo, el encuentro sería emitido en directo a través de diferentes canales de Internet. El email aseguraba que, por experiencia de jornadas de años anteriores, éstas contaban con gran seguimiento, sobre todo en España y Latinoamérica. Yo venía de una época de intensísimo trabajo, en la que apenas había salido de la isla de Mallorca, de modo que unos días en una isla distinta, me dije, no me vendrían mal.

Sólo horas después me di cuenta de que yo ya sabía algo acerca de la isla de San Simón; no comprendí cómo había podido olvidarlo. En el año 1995, los periodistas Clara María de Saá, Antonio Caeiro y Juan A. González habían llevado a cabo un documental filmado y un libro de igual nombre, *Aillados*, acerca de los años en los que ese peñasco llamado San Simón, que no mide mucho más que tres estadios de fútbol, había sido utilizado como campo de concentración para quienes, sobre todo en la provincia de Pontevedra, se habían opuesto a los golpistas de la guerra civil española. Conservaba ese libro en algún lugar de mi biblioteca; de hecho, había viajado conmigo desde mi ciudad natal, La Coruña, hasta Mallorca, y había pasado por las al menos cinco viviendas en las que desde 1996 había venido residiendo. He organizado mi casa de tal modo que

pueda tener todos los libros a la vista, no guardo ninguno en cajas, ni en armarios ni en trasteros, pero acumulo tantos —dos bibliotecas, cada una de algo más de tres mil volúmenes—, que tardé en encontrarlo. Contra todo pronóstico, y salvo un par de manchas de humedad, se conservaba intacto. Hojeé fotografías y testimonios de supervivientes. Algunas páginas referían la isla como un lugar propicio al hambre, los fusilamientos y la tortura; otras, como un lugar que resultaba más habitable que otros penales de la misma época. Volví a leer el email enviado por Rómulo. La isla es hoy gestionada por una fundación denominada Isla del Pensamiento. Sonaba bien. Isla del Pensamiento vs. Isla de la Represión, me dije. Me pareció entonces aún más sugerente la idea de quince personas aisladas para hablar de lo opuesto al aislamiento: las redes sociales. Quince personas que desde el autismo emiten ideas al mundo. A fin de observar la isla a vista de satélite, me asomé a Google Earth. Tiene una forma curiosa, es como dos bolas, una grande y otra más pequeña, unidas por lo que en la imagen me pareció un puente sobre una formación rocosa y verde de algas. En una segunda inspección me pareció la planta del aeropuerto Roma-Fiumicino. Este hallazgo me llenó de satisfacción porque, técnicamente, ese aeropuerto se llama Aeropuerto Intercontinental Leonardo da Vinci, lo que de algún modo le daba a la isla un aire secretamente renacentista. Esa noche me acosté francamente emocionado con la idea del viaje. Tal como es mi costumbre, me quedé dormido intentando ver cuatro puntos blancos dentro de mis pupilas, cuatro puntos que años atrás flotaban ahí dentro cuando cerraba los ojos, y que en algún momento de mi vida se habían esfumado.

Volé desde Mallorca hasta La Coruña una mañana de octubre, y a la espera de que días más tarde vinieran a buscarme para trasladarme a la isla, situada, como he dicho, en la Ría de Vigo, me alojé en la casa familiar, en aquel momento deshabitada pues ya sólo es frecuentada en periodos estivales. Pocos días más tarde un chófer y yo rodábamos hacia el pueblo de Redondela, población en cuyo muelle habría de tomar el barco hacia la isla. Me abstraí en la línea de costa hasta que, tras casi tres horas, San Simón se recortó sobre el mar; lo hizo de pronto. Su vegetación, verde y espesa, parecía plata bajo el sol del mediodía. Minutos más tarde, una construcción, blanca y antigua, con base de piedra, se hizo visible entre esa maleza. Cuando llegamos al puerto ya me esperaba una pequeña lancha; yo era el último en llegar. Un marinero, joven, rubio, con gafas de sol, me indicó por señas que le diera la maleta. Hicimos el trayecto contra las olas, a saltos. A pesar del sol, el viento soplabla helado, y me cubrí con un grueso chubasquero. La isla se fue haciendo grande, y el edificio blanco, de unos cuatro pisos de altura y base de piedra, que había visto desde el coche, también se agigantó; su fachada posterior caía hasta incrustarse directamente en el mar. «Ése es el hotel», dijo el marinero señalándola. No creo que en ese momento en Galicia hubiera un lugar más conectado con el mundo que esa isla, a la que para el evento habían llevado un complejo dispositivo de conexión satelital.

Rómulo me esperaba en el embarcadero. El marinero descargó mi equipaje y emprendió el regreso. Arrastré la maleta por una plataforma de roca y algas, aún húmeda de la última marea, subimos unas escaleras de granito flanqueadas por muros restaurados y geométricos matorrales, para llegar a una explanada de grava que distribuía varios edificios; uno de ellos sería el que albergaría el encuentro Nethinking propiamente dicho. Me informaron de que du-

rante la guerra civil esa construcción había sido uno de los módulos principales de la penitenciaría. Justo al lado, un comedor de grandes cristaleras, en cuyo interior tres jóvenes camareros —dos varones y una mujer— movían sillas y preparaban una mesa de grandes dimensiones; resultaba obvio que la camarera estaba embarazada. Al otro lado de la explanada de grava se erguía una antigua ermita. Su puerta, abierta, dejaba ver el interior, totalmente vacío salvo por un altar de piedra encastrado en la pared, sobre el que a escala real se erguía, en madera, la talla de un santo. Es san Roque, me dijeron; le faltaban las dos manos, alguien se las había arrancado o serrado, no sé. Antes de dirigirnos al hotel me enseñaron la sala del encuentro. De reducido tamaño, me pareció un aula de autoescuela: quince sillas con reposabrazos formaban un corro. Al fondo, tres cámaras de vídeo profesional en sus trípodes y dos grandes pantallas donde en tiempo real irían apareciendo los mensajes de Twitter lanzados por los internautas. «Son miles de personas quienes nos siguen —aseguró Rómulo—, en ocasiones llegan tuits de Estados Unidos o de Australia, ya verás, y eso por no hablar de Facebook y demás redes sociales, que se saturan.» Regresamos a la explanada de grava y por un paseo de eucaliptos y mirtos nos dirigimos al hotel, donde las llaves de cada habitación estaban en su casillero. «Sírvete tú mismo», dijo Rómulo señalando la llave de la habitación 486. «Pero ¿no es un hotel?», pregunté. «Lo fue. Dejó de explotarse por falta de clientes.» «Pero ¿entonces estamos solos?» «Sí. Hasta dentro de tres días nadie vendrá a la isla y, salvo caso de urgencia, nadie se irá.» En ese momento llega un joven de pelo rubio y somos presentados. Es Javier, el director de la Fundación. Le comento que es una isla bellísima, de jardines muy bien cuidados pero también de naturaleza salvaje, y le interrogo acerca de la infrutilización de todo aquello, cómo es que no hay progra-

mas de estancias para artistas, escritores, músicos, historiadores o científicos incluso; es un lugar ideal para dar forma a toda clase de proyectos. Me responde que no hay dinero. «Ya, comprendo, no hay voluntad política», digo para mí.

Subí la maleta a mi habitación. Disponía de todas las comodidades pero no dejaba de preservar un aspecto monacal. La ventana daba a la parte de atrás de la isla. A lo lejos se veía el Puente de Rande, que se parece al de Brooklyn pero con más hormigón y menos hierro. Bajo mi ventana arrancaba un camino de tierra que descendía suavemente hasta un pequeño puente de piedra que, sobrevolando el istmo que días atrás había visto en Google Earth, conectaba la isla de San Simón con la otra isla pequeña, no más grande que cuatro campos de tenis. En esa pequeña isla veo entonces que se alza otra construcción, de estilo modernista y estucada en color azul celeste, de una sola planta y rodeada de altísimos eucaliptos. A lo lejos, un vigilante hace la ronda, sorteando unas rocas; usa pistola además de porra; es algo en lo que siempre me fijo. Se pierde por un sendero en dirección a la ermita. Me retiré de la ventana, deshicé la maleta y dejé dentro la ropa interior; nunca veo motivo para sacarla. De un bolsillo lateral extraje una pequeña piedra de basalto negro, moteada de pequeñísimos puntos rojos que parecen pintura o sangre; la había cogido años atrás en una cuneta de una carretera del norte de Francia; desde entonces la tengo por una especie de amuleto. De otro bolsillo extraje el libro *Aillados* y lo dejé sobre la mesa. Sé por experiencia que en todos los congresos y reuniones tiendo a aburrirme, así que de inmediato tracé un plan con el que matar el tiempo: localizar la ubicación exacta donde habían sido hechas cada una de las fotografías del libro *Aillados* — fechadas casi todas en torno a 1937 — y hacer hoy una fotografía en el mismo lugar.

Cuando bajé, todos estaban allí, charlaban de anécdotas de años anteriores; entendí que yo era el único nuevo del grupo. Comenzamos a caminar hacia el comedor; sería la 1.00 pm. Le pregunté a Javier si alguien habitaba la isla el resto del año. Ante su respuesta negativa, añadí: «¿Ni siquiera el guardián?». «En invierno el guardián sólo está durante el día —contestó—, por la noche la barca lo lleva al Continente.» «¿Y por la noche quién vigila?», pregunté. Javier sonrió de medio lado y dijo: «Por la noche no hace falta vigilar. Te aseguro que en invierno a nadie le apetece venir aquí por la noche».

Fue en la comida —empanada de pulpo, lubina a la plancha y vino blanco o tinto a elegir— cuando por primera vez los vi: en una sola mesa, catorce cuerpos tuiteaban unos frente a otros. De vez en cuando alguno alzaba la vista y decía algo, pero duraba poco; nadie le respondía. No tardé en entender que se tuiteaban entre ellos. Junto a mi servilleta, un tríptico informativo dibujaba un plano de la isla y eran señalados los puntos singulares con sus respectivas descripciones históricas, así como las descripciones actuales. Era algo en lo que desde mi llegada ya me había estado fijando, todo allí venía explicado por la comparación del binomio antes/ahora. A la mínima oportunidad que tuve me disculpé y me fui. Tenía casi dos horas antes de que, a las 4.30 pm, oficialmente comenzaran las mesas de debate.

Con el libro *Aillados* en la mano, tomé un camino al azar y fui fijándome en diversos detalles de las fotografías que me sirvieran de identificación de los lugares. Todo se hallaba muy cambiado. Las referencias de árboles no valían; ya no existían, y de existir, tendrían otro tamaño. Los caminos estaban más limpios o, por el contrario, disueltos en la vegetación. Cambié de táctica: me centraría en una sola foto y no dejaría de caminar hasta encontrar su localización. Pa-